

se copia en el *Cementerio de la Magdalena*. Para que el lector pueda comprenderla bien, me ha parecido conveniente anticipar las noticias que preceden, del estado de la Francia al estallar su revolucion, y de los sucesos que motivaron las escenas trágicas; que forman el objeto de esta obra.



EL CEMENTERIO

DE LA

MAGDALENA.



A la caída de una tarde apacible de otoño, atravesando el ostentoso jardín de las Tullerías, iba á espaciár mis melancólicos pensamientos por la sombría arboleda de los Campos-eliseos, y despues de haber cruzado aceleradamente parte de la plaza de la revolucion, donde casi humea todavía la sangre; me encontraba ya á la bajada del puente que lleva ahora el nombre de Luis xv, cuando un espectáculo maravilloso embargó de repente mi atención. Por encima de los árboles que

cierran el horizonte á la derecha, se disparaban un sinnúmero de exhalaciones, que cruzándose y entretejiéndose de mil modos, llenaban la esfera de arcos luminosos. Las pardas nubes, que cabalmente se habían agrupado por aquella parte, realizaban el brillo de estos repetidos destellos. Para disfrutar mejor de su vista, me senté en el pretil del puente, sirviéndome de respaldo el poste de un farol. Nada interrumpía el silencio que me rodeaba, mas que un confuso rumor lejano y el blando susurro de las aguas del Sena, que se deslizaban mansamente debajo de mis piés. Cubrióse luego la atmósfera de ráfagas centellantes que bañaban de un viso azafranado las copas de los árboles, con cuya luz descubrí el gran cuadro de la ciudad, tan resplandeciente como pudiera estarlo con la presencia del sol. En ambas riberas, guarnecidas de faroles, reconocí las

cásas y los palacios con sus columnas suntuosas y sus fachadas simétricas, y los templos y los monumentos con sus remates angulares y sus medias naranjas; formando un raro contraste con los soberbios jardines, ricos pórticos y estremadas esculturas, las miserables chozas donde se afana el indigente.

Estaba tendiendo mi vista por la tortuosa corriente del Sena, en donde distinguía ya algunos barcos parados, ya los lavaderos, ya la larga galera de los baños; pero la antorcha que iluminaba esta perspectiva, apagándose de repente, la reengolfó en las tinieblas. Así sucede, discurría yo, con la brillantez encumbrada de los sabios y de los héroes, los cuales desde la eminente esfera donde residen, despiden torrentes de luz sobre cuantos los rodean, y el hombre vulgar deja de serlo, luego que se les acerca; mas en el momento que la muerte ó la adversi-

dad los sorprende, se eclipsa todo su brillo, y desaparece su gloria como el resplandor de un fuego artificial.

En esto, á la trémula luz de la luna, que empezaba á disipar las nubes con sus rayos, pude descubrir el tropel de gentes que salía por todas las calles de los Campos-elíceos. La plaza de la revolucion se llenó en breve de un gèntio bullicioso é inquieto, cuyas oleadas se difundían por todas partes. Su confuso murmullo se mezclaba con la gritería de los vendedores de diarios, con el relincho de los caballos, el estrépito de los carruages, las cantinelas de los petimetres, los reniegos de los cocheros y los lamentos de los mendigos.

Poco á poco se disminuyó el tropel, cesó el bullicio, y volvió á reinar un profundo silencio por todas partes. Dieron las once, y me levanté para disfrutar de una noche tan tranquila y serena. Me encaminé hacia los baluar-

tes, y al pasar junto al pedestal de la Libertad, no pude ménos de exclamar: Ay de mí! cuando la Europa estaba á los piés de mi patria, la estatua de su Libertad no era mas que de yeso: ¿á qué mano estará reservado el timbre de vaciarla en bronce?

Disipados ya los celages que encubrían la luna, alumbraba esta la mitad de la calle de la república, cuya hermosa salida termina, como todos saben, en la iglesia no concluida de la Magdalena. Una confusa claridad, mezclada con las sombras de este edificio, presentaba cuadros muy pintorescos. La vista de los hermosos efectos de la luz recuerda el nombre de Vernet, que supo espresarlos con su pincel tan al vivo, y mis labios lo estaban articulando; pero la funesta idea de que aquel monumento se había consagrado á la despoblacion y al vandalismo, anubló mi imaginacion. Este doble recinto de

paredes y de columnas medio derruidas encierra, decía yo á mis solas, la sima, donde el furor revolucionario hacina- ba sus víctimas. Aquí descansan para siempre las cenizas del virtuoso, del rico, del malvado y del hombre de talento: aquí se abrazan las víctimas y los verdugos. Vergniaud, mudo, parece que ha perdonado á Robespierre; y un despreciable gusanillo se alimenta del corazón de un rey de Francia.

Estas lúgubres y lastimosas imágenes oprimían mi corazón, y estaba interiormente horrorizado. Poseída mi imaginación con estas ideas, creía ver salir por las anchurosas aberturas del monumento una muchedumbre de esqueletos ensangrentados, que vagaban al rededor de la colunata, buscándose con ansia, encontrándose con furor, y separándose con indignación. Dieron de repente un alarido terrible, y desaparecieron de mi vista.

Vuelto en mí, seguía caminando, después de haber pagado á aquellas sombras el debido tributo de dolor y sentimiento, cuando el eco de una música patética y lastimera hirió mis oídos. Póngome á escuchar, por ver si me había engañado; pero no tardó en sacarme de mis dudas una voz desentonada, aunque afectuosa, que siguió cantando este sencillo

ROMANCE.

Un primoroso jardín
Era mi gloria y mi dicha,
Bañaba el sol sus matices
Y el céfiro los mecía:
Las rosas entre azucenas
Su hermoso cáliz erguían,
Y en su aroma y sus colores
Hallaba yo mis delicias.

Pero en el ardiente estio
Una borrasca maligna
Ajó de mis bellas flores
El frescor y lozania.

La rosa con la azucena
Desfallece y se marchita,
Y sus copas enlazadas
Pierden á un tiempo la vida.

Ya que en su grato cultivo
Cifra toda mi dicha,
Desde aquel crudo momento
Nada embelesa mi vista,
Que en la azucena y la rosa
Está de continuo fija...
¿Por qué cuando ellas murieron,
No acabó también mi vida?

Pronunciaron estos últimos versos con un enternecimiento inesplicable; y ya sea que el dolor espresado con desmayados suspiros fuese mas penetrante, ó que el silencio y débil claridad de la noche, la vista de aquel fúnebre monumento, y la disposición de mi pecho contribuyeran á causarme una viva impresion, se desataron de repente mis ojos en dos fuentes de lágrimas. Y yo también, exclamé, he de llorar por las tiernas flores que la

tormenta ha deshojado. Rosa primorosa, ya te he perdido para siempre; y tú, vástago tierno de una azucena, tan preciosa como amada, ¡ la hoz ha hecho también doblar tu cabeza sobre el abismo de la muerte!

Dejó de oírse la voz, y yo proseguí caminando distraído al rededor del templo, hasta que me encontré frente á una de sus puertas colaterales. Sobre la cerca, que por aquella parte tiene poca elevacion, veía mecerse los álamos, que con sus trémulas y plateadas hojas hacían resaltar mas el fondo oscuro que formaban algunos pinos. Todo concurría para que pareciese este lugar la morada del dolor: su forma larga y cuadrangular se asemejaba á un túmulo, que la noche cubre con su lóbrego manto, y sobre el cual la luna derrama su fúnebre resplandor.

Por la puerta que estaba enfrente de mí, salió entónces un hombre de

mas que mediana estatura, con sombrero redondo y embozado. Sobresaltóse al verme, y su presencia causó en mí igual sensacion; mas vuelto luego en sí, acercóse, y me dijo con turbada, pero apacible voz: El encontraros en este parage, es una prueba nada equívoca de que estoy descubierto; pero no importa: me pongo en vuestras manos, pues de nada me acusa mi conciencia, y estoy seguro de que el Gobierno no castigará del mismo modo las lágrimas de la compasion, que las tramas y pérfidos designios de un conspirador. — Comprendí por estas últimas palabras, que quien me las decía, pensaba hablar con alguno de los agentes, siempre astutos y á las veces alevosos, asalariados por los tiranos, para acechar y revelar los secretos de la sociedad. Le desengañé, manifestándole, que solo el acaso me había conducido á aquel sitio; pero voy á

retirarme, añadí, y puede Vd. contar, caballero, con un sigilo inviolable sobre la confianza que acaba de hacerme. — Ya me despedía efectivamente del desconocido, cuando asiéndome de la mano con prontitud, y estrechándola afectuosamente, me instó para que no me fuese. Cualquiera, me dijo, que apenas ha llegado, como Vd., á la primavera de su vida, y se complace en meditar entre los sepulcros, no es un malvado, ni debe ser temido. ¡Dichoso el que en este siglo, no ménos ilustrado que corrompido, se desentiende de la vanidad de la grandeza y del atractivo de los placeres, para venir á visitar las cenizas de los difuntos; y regándolas con sus lágrimas, y conversando con ellas, pierde la memoria de los delitos y de las desgracias, aprende á ser cuerdo, y anhela con ansia la eternidad! Esos han sido siempre mis sentimientos, le respondí: quiero bien

todavía á los vivos, á pesar del mucho mal que me han hecho; pero me han obligado á no hacer aprecio sinó de los muertos. Durante el dia me atengo á sus dictámenes, y por la noche suelo venir á llorar en su postrer morada.

Pues bien, repuso el desconocido con voz mas grave y casi profética, sígame Vd., si son tales sus deseos. Atravesemos esta calle de columnas derruidas, y pasando por debajo de aquella bóveda derribada, cuyos arcos están ruinosos, entraremos en el domicilio de los muertos á rogar por ellos.

Siguiendo á mi guía, ya había andado, á favor de la escasa claridad de la luna, una de las naves del templo, cuyas silenciosas paredes repetían el ruido de nuestros pasos, y al llegar á una puerta que estaba abierta, vi desde su umbral el recinto de un gran cementerio.

Los tiernos álamos formaban sus ses-

gas calles, la húmeda y oscura yerba cubría como con una alfombra su dilatado suelo, y al rededor de varios cerrillos desiguales se descubrían algunos fúnebres sotos, en que estaban interpolados el tejo, el pino, el cipres y el sauce lloron con admirable variedad. Cinco ó seis estatuas colosales, puestas acá y acullá, parecían estar de vela en aquel triste asilo, donde el viento, susurrando entre la maleza y agitando las ramas de los árboles, modulaba en algun modo los lastimeros ayes de los difuntos.

Yo estaba inmóvil y silencioso; pero el incógnito me cogió de la mano para conducirme, y yo le seguí, aunque mis plantas se resistían á hollar aquel césped empapado en sangre, y una tierra que me llenaba de horror. La Providencia, discurría yo, que me ha puesto delante de la muerte, no ha permitido que me alcanzase su inflexi-

ble guadaña y me tendiese entre estos muertos. Gracias á su infinita bondad, todavía estoy vivo, y piso indistintamente el poder y la hermosura, la opulencia y la virtud, los delitos y los talentos. Si el universo es un libro en que Dios escribió sus decretos, ¡ qué terrible página es este recinto, donde yacen tantas personas ántes enemigas, y ya aplacadas!

Después de algunos rodeos mi conductor se detuvo, y volviéndose á mí me dijo: Las cenizas que encierran estos sepuleros, no son por cierto de hombres desconocidos y vulgares, sino de sujetos célebres, cuyos nombres inmortalizará la fama. Abí yace aquel Maleshérbes, admirable como funcionario público, y no ménos grande en su vida privada; filósofo en el retiro, ministro, ciudadano, merecedor, miéntras vivió, del aprecio universal, y digno por su muerte de la

admiración y del sentimiento. A su lado descansa el Ciceron de la Francia, el insigne Vergniaud, que parece haberse llevado consigo la elocuencia á la tumba. Mas allá, el Sócrates de la revolucion, el sabio Bailly, á quien unas mismas manos entretejieron coronas y levantaron el cadalso. No léjos de allí está sepultado el cadáver de Lavoisier, el creador de aquella química filosófica y profunda, que tan diestramente analiza las producciones naturales y ensalza el poder del Criador. Y por último, á unos dos pasos de nosotros la tierra ha consumido á Roucher, que escribió muchas veces con la pluma de Thómpson, y otras con la de Racine. Sería demasiado prolijo, si hiciese una denominacion circunstanciada de todos los difuntos que nos rodean; pero no puedo ménos de llamar la atención de Vd. hacia esos cerrillos, que unos pocos sauces de Babilonia

cubren con su sombra. Ahí fué enterrado Luis xvi y su familia: este es el polvo de algunos soberanos de la tierra.

Al empezar mi conductor la relacion de las principales víctimas, cuyas cenizas pisábamos, su voz era triste y melancólica; mas luego que articuló las últimas palabras, el dolor no le dejó proseguir, y sus ojos se le llenaron de lágrimas. Entónces tomando la palabra le dije: Si no me engaño, por muy grande que sea el interes con que miráis á todos los sugetos que habéis nombrado, es mucho mayor sin comparacion el que os inspira la memoria de la última familia que mandó á la Francia. No lo niego, me repuso: ningún conocimiento tenía con ella, quando revestida del poder supremo, disponía á su arbitrio de la suerte de la Europa; y solo á los vaivenes que sufrió su trono, debí la dicha de tratar al rey. Le he conocido durante su desgracia,

he presenciado cómo se le quitó la vida en un cadalso, y he sido testigo del desconsuelo en que por este accidente quedó sumergida su familia. La historia dirá si fué culpable; pero yo no puedo ménos de llorar su desgraciado fin. — Estas palabras, y el tono con que las acompañaba el incógnito, escitaron en extremo mi curiosidad, y nuestra conversacion vino á parar en el asunto que podía satisfacerla. Por el contesto de algunas espresiones que inadvertidamente se le escaparon, eché de ver que era depositario de varias anécdotas secretas, relativas al arresto, prision y muerte de Luis. Luis era un hombre, pero este hombre había visto respetados hasta sus capriches por veinte millones de vasallos: este hombre era el heredero de sesenta y cinco reyes, los primeros y mas poderosos de la Europa; y la sangre de Enrique iv circulaba por las venas de

este hombre, que desde el trono, donde dictaba sus leyes, había ido á derramarla sobre un cadalso. ¡Qué conjunto de asuntos interesantes, y qué manantial tan inagotable de reflexiones!

Las que hice, no desagradaron á mi interlocutor, y me grangearon su confianza. En efecto, al cabo de media hora de conversacion me hizo saber, que se llamaba *Edgeworth de Vermont*, y que se había hecho recuerdo de él en los anales de la revolucion, por haber asistido al rey en los últimos instantes de su vida. — Luego que hube oido este nombre, que era bien conocido como un dechado de sólida virtud, piedad desinteresada y esfuerzo heroico, me sobrecogió un respetuoso impulso de veneracion. Aquellas sublimes palabras, tan sabidas y tan dignas de serlo mas: *Id, hijo de san Luis, subid al cielo*, me vinieron desde luego á la memoria, concurriendo,

para que me causasen todavía una sensacion mas profunda, la presencia del que las había dicho, la proximidad del lugar en donde se pronunciaron, y el aspecto del sepulcro en que descansaban los huesos del mismo á quien se habian dirigido. Pero no fué solamente en aquella ocasion, continuó el confesor del postrer monarca, cuando tuve relaciones con el rey y su familia, pues no los abandoné desde el día en que se les arrestó. Durante la serie de sus desgracias nunca los he perdido de vista, y aun los he consolado muchas veces con mi presencia y mis desvelos. Por último, despues de haber penado por mucho tiempo en una prision, entregó el rey entre mis brazos su alma al Criador, y no me he separado de los demas individuos de esta casa desventurada; hasta verlos espirar en el suplicio. Cumplí con mi deber, sosteniendo con mi débil

brazo aquellos erguidos árboles derribados por la tormenta. No he aliviado al monarca, sinó al hombre de quien me condolía: ni me quejo de que un Gobierno desafortunado haya creído deberme proibir por esto; pero el que se atrevió á hablar el lenguaje de la religion á la faz de sus perseguidores, no merecía la sospecha de conspirar ocultamente. No pretendo justificar á Luis de los yerros políticos que haya podido cometer, pues carezco de datos y de poder para condenarle ó absolverle: únicamente pido que se me permita derramar algunas lágrimas, al referir la historia de sus desgracias. —

Despues de haberse serenado un tanto el respetable sacerdote, prosiguió diciendo: Disimulád este desahogo de un corazon oprimido de mucho tiempo con las mas amargas penas; y si os es molesta mi larga relacion, tenéd presente que el dolor y la vejez

son de suyo pesados, y merecen indulgencia. Tomando el hilo de mi historia desde su principio, coordinaré mejor las especies, y seré mas conciso en mis palabras. La mayor parte de los hechos de que voy á hablaros, son complicados; y aunque algunos de ellos se han hecho ya públicos, se ignoran aun los mas interesantes, porqué el espíritu de partido y el influjo de la opinion han adulterado la verdad. En cuanto al diario de Clery, si bien curioso en extremo, no es verdadero en todas sus partes, y sobre todo no es completo: tal vez lo han mutilado al reimprimirlo en Francia. Mi narracion, á mas del interes que inspira el mismo asunto, que no deja de ser muy grande, tiene otro mayor en mi sentir, y es el no separarse un punto de la verdad.

No he publicado hasta ahora esta historia, que escribí al paso que se me

comunicaba , porqué así lo requería la prudencia bajo un Gobierno pesquidor ; pero al presente , vista la moderacion del nuestro , no debo guardarla por mas tiempo sepultada en el olvido . Ya que al entusiasmo de una destruccion general ha sucedido el cálculo y el bosquejo de un plan arreglado , será memorable ver á un ciudadano , cuyos principios políticos están y han estado constante é invariablemente apartados del fanatismo popular y de la supersticion despótica ; será , digo , memorable , verle delinear con rasgos , tan veraces como patéticos , los infortunios de un hombre que fué rey . Sea el que se quiera el partido de mis lectores , y de cualquier modo que opinen , no podrán dudar de la grandeza del Gobierno , cuando hayan visto esta obra . Desde que se me permite escribirla , conozco que mi libertad no es imaginaria .

~~~~~

## NOCHE PRIMERA.

---

¡Qué recuerdos tan tristes ofrece este sitio á mi melancólica imaginacion ! continuó el señor de Fermont : en cada árbol y en cada piedra de los edificios que tenemos presentes , encuentro la memoria de una catástrofe . La historia , para pintar la galería de los numerosos cuadros de la revolucion , pondrá su asiento en este círculo , tan estrecho en la realidad , como grande y dilatado por su influjo moral . La vista recorre en un momento toda su estension ; pero el entendimiento mas despejado con dificultad podrá numerar los sucesos , que han acaecido en este corto recinto : al modo que puestos en la cumbre de un alto monte , abarcamos á un mismo